

CAPITALISMO Y LIBERALISMO

Por Francisco LÓPEZ CÁMARA

QUIEN SE preocupe por conocer y comprender el desarrollo del liberalismo no debe olvidar cuál ha sido el itinerario del capitalismo y cuáles han sido las etapas traslapadas de aquella sociedad burguesa. Es un error creer que el liberalismo ha sido siempre una ideología homogénea, ascendente en línea recta; como también es equivocado pensar que el capitalismo ha seguido continuamente una misma línea de desarrollo. Pues la estructura misma de la sociedad burguesa ha tenido que irse modificando, tanto en sus instituciones políticas como en su vocación espiritual, en la medida en que el carácter y los intereses del capitalismo han seguido caminos diferentes y aún contradictorios. Lo propio ocurrió con el liberalismo: su contenido teórico y su mundo de valores políticos y morales tuvieron que irse alternando de acuerdo con el perfil de la sociedad burguesa y la naturaleza del capitalismo prevaleciente.

No deja, entonces, de ser útil recordar brevemente el desenvolvimiento histórico de esta fuerza social en ascenso; ello nos proporcionará las bases para encuadrar debidamente el significado preciso del liberalismo y su mayor o menor correspondencia teórica con el mundo capitalista que le ha servido de trasfondo social. Resultará igualmente provechoso para poder delimitar el grado en que el liberalismo ha entrado en contradicción inconciliable con las bases del capitalismo contemporáneo, el cual, sin embargo, había sido hasta hoy su fundamento y su inspiración. La gran paradoja estriba en que el liberalismo había sido hasta hace relativamente poco tiempo una de las expresiones espirituales más homogéneas y coherentes de toda la historia del pensamiento político. Su contenido ideológico, sus modalidades, sus dimensiones históricas fueron siempre una expresión clara y acabada de la manera como en ciertas épocas debían manifestarse los intereses materiales de la clase social a que respondía. ¿A qué se debe, entonces, que ese mismo liberalismo no sólo no parece corresponder ya a las inquietudes del capitalismo contemporáneo, sino que incluso haya acabado por convertirse en una ideología ajena y contrapuesta a ese mismo capitalismo?

El liberalismo, en tanto ideología política, nace con la burguesía. La manera como esta nueva clase social entró en contradicción con las estructuras medievales y trató de superarlas dio al liberalismo una fisonomía y una formulación teórica muy particulares. En esta primera etapa del capitalismo, que los historiadores de la economía llaman "comercial", las exigencias históricas de la burguesía tuvieron que orientarse hacia la realización de distintas operaciones:

1) Desarrollo de la producción de mercancías y del sistema de distribución comercial.

2) Liberación de las limitaciones medievales mediante su desarrollo y su organización como grupo social independiente.

3) Superación del localismo político característico del sistema feudal.

4) En fin, formulación de un repertorio de principios filosóficos, políticos, económicos, religiosos y morales que contradijesen a la vieja mentalidad medieval y diesen coherencia y sentido a su presencia como clase social autónoma.

Para llevar a cabo esas cuatro tareas históricas, el capitalismo tuvo que desbaratar los fundamentos de la estructura social tradicional. Lo cual implicaba, desde luego, una completa revolución en todos los dominios. Desde el punto de vista económico, esta revolución significaba la transformación progresiva de los modos y las técnicas de producción —desarrollo de la manufactura— y el impulso al comercio, dos formas correlativas y reversibles del nuevo proceso social. De lo cual se derivaba: liberación, concentración y superación de las comunas artesanales; acumulación de capital comercial independiente (distinto al terrateniente o eclesiástico) y su estrecha vinculación al proceso manufacturero; desenajenación de fuerzas productivas alienadas hasta entonces a la estructura feudo-terrateniente. Este mecanismo aparejó, socialmente, la ruptura del monopolio social existente, desequilibrando las bases de la sociedad tradicional. Desde el punto de vista político, la emancipación de la burguesía se vertebró dentro del apoyo al absolutismo monárquico, contra el localismo de la nobleza terrateniente, auspiciando así la formación y el fortalecimiento de los grandes estados nacionales, base, por otra parte, del desarrollo del comercio internacional. La transcripción ideológica de toda esta etapa revolucionaria cristalizó en la construcción de un sistema mental, filosófico y programático, que hoy conocemos genéricamente como *liberalismo*.

Lo primero que hizo el liberalismo, en este primer "movimiento" capitalista, fue socavar las bases religiosas de la sociedad feudal. La Reforma religiosa tenía la ventaja no solamente de alterar los fundamentos teológicos del sistema imperante, sino, sobre todo, sirvió para expropiar, en favor de la monarquía nacional —y de allí también en beneficio de la burguesía, su aliada— las enormes riquezas enajenadas por la iglesia católica. En la esfera filosófica, el liberalismo substituyó la concepción sobrenatural del hombre y la sociedad, por una visión naturalista y científica.

En lo económico, el liberalismo asumió la forma de una política económica fundada en la idea del comercio como fuente de riqueza, que venía a fortalecer al nuevo Estado nacional tanto frente al localismo feudal interior, como frente a los otros estados nacionales. Esta doctrina y esta política económica constituyeron la base del *Mercantilismo*. Políticamente, ese mismo liberalismo desarrolló la teoría del Estado nacional absoluto —dirigida especialmente contra la Iglesia y el régimen feudal— en sus diversas formas contractualistas o no contractualistas. El *Individualismo*, aunque

erigido en principio central de la filosofía liberal, asume en esta etapa una significación principalmente moral, supeditado, sin embargo, a los fines superiores del estado nacional absoluto.

Es fácil advertir la perfecta correspondencia entre el liberalismo y los intereses históricos de la burguesía; en todos los terrenos, el liberalismo no hace sino expresar ideológicamente la orientación económica, social, política y filosófica del capitalismo en su etapa comercial.

Sin embargo, el acontecimiento que cambió radicalmente el carácter y el papel histórico de la burguesía, dentro de la sociedad moderna, fue la Revolución Industrial. La concentración de capital comercial y el incremento a la manufactura —ocasionados fundamentalmente por la ampliación del mercado nacional e internacional— dieron un viraje casi inesperado y de dimensiones universales, como se habría de ver muy pronto, al apoyarse en los adelantos de la técnica para acelerar la producción en serie de mercancías. Es esto lo que se ha llamado precisamente la *Revolución Industrial*.

La Revolución Industrial señala el momento de liberación definitiva de la burguesía dentro de la sociedad moderna. Es la etapa en la que se consolida el poder económico de la nueva clase social, permitiéndole escalar los primeros puestos de la sociedad, dominar el aparato estatal y rehacer desde allí, de acuerdo con sus intereses y principios, a toda la estructura social. Señala también una modificación profunda operada en el cuerpo de la burguesía: su espina dorsal empieza a depender cada vez más de la industria, de la cual deriva como nunca el progreso del comercio, tanto nacional como internacional. Es la época del *capitalismo industrial*, cuya modalidad fundamental es la competencia.

La aparición del capitalismo de competencia nutre al liberalismo con una nueva filosofía, una nueva teoría social, una nueva teoría económica, una nueva concepción política y hasta con una distinta moral. En la época de la competencia capitalista, la metafísica laica y absolutista de los siglos precedentes deja el paso a la nueva filosofía naturalista, científica y tecnológica que ha servido de base a la Revolución Industrial.

Se considera que tanto la naturaleza como la sociedad están fundadas en *Leyes naturales* y que corresponde a la ciencia descubrirlas y señalar sus fundamentos. La ciencia no es válida solamente para el estudio de la naturaleza, sino también es indispensable para la comprensión de la sociedad. Lo que cuenta es el individuo y sus obras —su trabajo. La sociedad civil no es otra cosa que un mero agregado de individuos, cuyas relaciones independientes están regidas por una especie de "armonía preestablecida".

Desde el punto de vista político, el Estado pierde sus atribuciones absolutistas de la época anterior. Su intervención debe reducirse a la organización de la defensa nacional, a la administración de justicia y a la realización de obras públicas. Su gestión es, pues, meramente administrativa y, en el aspecto económico, puede en todo caso operar como una especie de árbitro en el sistema de la libre empresa. De aquí se infieren

los fundamentos ideológicos que van a dominar toda la teoría económica del capitalismo de competencia. Concebida la sociedad como un agregado de átomos individuales, se la imaginan también como una especie de mercado libre en el que los hombres intercambian sus productos de acuerdo con el principio del máximo provecho personal. La concurrencia no estará ya regida por el Estado —desde el momento en que éste ha abandonado sus pretensiones absolutistas—, sino por aquel “orden natural” de que hablaba Adam Smith. El libre cambio es concebido entonces como la base de todo régimen económico verdaderamente productivo.

En esta época, sin embargo, el liberalismo económico, manifestado en la política de la libre concurrencia y del libre cambio, debe alternar con políticas económicas proteccionistas que, en países menos desarrollados, tienden a proteger el desarrollo de su propia industria (Estados Unidos y Alemania), sobre todo. Señalo esto porque es importante tener presente el carácter del proteccionismo en esta etapa del capitalismo, en la que son utilizadas las barreras aduanales exclusivamente como formas de defensa económica y no, como en un período posterior del capitalismo, al servicio de una política agresiva y expansionista. Es obvio, por lo demás, que el liberalismo en todas sus formas se va convirtiendo poco a poco en la teoría y la práctica de todo el capitalismo mundial; me refiero, naturalmente, al capitalismo industrial de competencia.

Hay un fenómeno histórico en el proceso de desarrollo del capitalismo que habría de modificar no sólo la estructura de la sociedad burguesa, sino también el carácter y el papel histórico del liberalismo clásico. (Por “clásico” entiendo el liberalismo de la época de la competencia, librecambista, antiabsolutista, demócrata formal, etc.)

El sistema “abierto” del capitalismo de competencia, por su propio mecanismo de crecimiento y expansión, no podía subsistir por mucho tiempo. Muy pronto habría de observarse su desdoblamiento histórico en una nueva forma de producción capitalista, cuyas consecuencias serían igualmente profundas en todos los terrenos. Esta nueva forma del capitalismo industrial iba a cambiar el cuadro entero del sistema y, con él, la teoría y el programa concreto de la nueva burguesía. Consiste, fundamentalmente, en la aparición del *capitalismo de monopolio*. Paul Sweezy, cuya famosa obra *Teoría del desarrollo capitalista* ha sido de medular importancia para este trabajo, señala que el monopolio aparece cuando, dentro del capitalismo de competencia, empieza a manifestarse de un modo patente “un alza en el volumen medio de la unidad productiva”. Esta elevación en la capacidad productiva de los medios de producción deriva, como lo indicó Marx, de tres factores fundamentales: en primer término, del proceso de *concentración* del capital (vinculado estrechamente al fenómeno de acumulación de capital); después, del proceso de *centralización* del capital; y, finalmente, por la *aparición del sistema de crédito*.¹

El proceso de concentración del capital surge cuando los capitalistas individuales aumentan o “acumulan” su

capital, de manera que se hace entonces posible un acrecentamiento en la escala de producción. “Todo capital individual —escribe Marx— es una *concentración*, mayor o menor, *de medios de producción*, con el mando consiguiente sobre un ejército más o menos grande de obreros. Toda acumulación sirve de medio de nueva acumulación. Al *aumentar la masa* de la riqueza que funciona como capital, aumenta su *concentración* en manos de los capitalistas individuales, y, por tanto, la *base* para la producción en gran escala y para los métodos específicamente capitalistas de producción.”² Este fenómeno es, sin embargo, contradictorio, pues si de una parte la acumulación permite, mediante la *concentración*, una tendencia hacia la disminución de la competencia,³ también favorece la multiplicación de los capitalistas, operando entonces “*como resorte de repulsión de muchos capitales entre sí*”.⁴

Sin embargo, este último fenómeno se ve contrarrestado por la aparición del segundo factor favorable al surgimiento del monopolio: la *centralización del capital*. “Se trata de la *concentración de los capitales ya existentes*, de la acumulación de su autonomía individual, de la expropiación de unos capitalistas por otros, de la aglutinación de muchos capitales pequeños para formar unos cuantos capitales grandes... El capital adquiere, aquí, en una mano, grandes proporciones porque allí se desperdiga en muchas manos. Se trata de una *verdadera centralización*, que no debe confundirse con la acumulación y la concentración”. El proceso de centralización del capital entraña, pues, la unión o combinación de los capitales existentes. Este fenómeno aparece como una derivación del desarrollo de la producción en gran escala, el cual, a su vez, depende de las necesidades creadas por la misma competencia. La libre competencia es, por tanto, un factor determinante de la *centralización*.

Este proceso se observa aún más claramente al desarrollarse la concurrencia y el crédito, “las dos palancas más poderosas de centralización de capitales”, lo cual nos lleva el tercer gran factor generativo del monopolio. La aparición del sistema de crédito y, en general, de todos los mecanismos de financiamiento, que al principio actuaron como armas de lucha en el terreno de la competencia, aceleró en poco tiempo la formación de grandes corporaciones capitalistas destinadas a barrer o superar esa misma competencia. Es entonces, por sus propias contradicciones dialécticas, que el mecanismo de la concurrencia lleva implícita su paulatina cancelación. El monopolio aparece movido por la necesidad original de participar con mejores recursos en la guerra a muerte de la competencia, hasta que finalmente se va convirtiendo en una gran corporación capitalista que, por su naturaleza misma, tiende a disminuir grandemente aquella competencia inicial.

Con los monopolios y las corporaciones (sociedades anónimas, por acciones, etc.), el capitalismo se “despersonaliza”, por así decir: las empresas de producción dejan de ser propiedad particular de una sola persona pasando a serlo de muchas. Poco a poco, los antiguos capi-

talistas individuales, que hasta entonces habían participado inmediatamente en la dirección del proceso productivo, desaparecen de este proceso desde el momento en que la nueva corporación que ha aglutinado sus capitales es ahora el organismo encargado de realizar esas tareas. Sin embargo, el sistema monopolístico y corporativo no implica un aumento en el número de capitalistas, sino todo lo contrario: el aparato de la producción pasa a depender exclusivamente de unos cuantos individuos. Como dice Hilferding, “los capitalistas forman una sociedad en cuya dirección la mayoría de ellos no tiene participación alguna. El dominio real sobre el capital productivo pertenece a hombres que sólo han aportado una parte de él”.⁵

En sus primeras manifestaciones, el capitalismo de monopolio se caracteriza por los siguientes rasgos:

1) Elevación en la escala de producción y, consecuentemente, aumento en la productividad del trabajo.

2) Tendencia a la socialización y a la racionalización del proceso de la producción, dentro del cuadro general del capitalismo (capitalismo de Estado y planificación).

3) Impulso a la transformación técnica.

4) Superación progresiva de la competencia entre numerosos capitalistas, mediante la aparición de un sistema que permite a unas cuantas corporaciones el control de los mercados.

5) En fin, aparición de “una nueva aristocracia financiera, una nueva clase de parásitos en forma de proyectistas, fundadores de sociedades y directores puramente nominales: todo un sistema de especulación y de fraude con respecto a las fundaciones de sociedades y a la emisión y al tráfico de acciones”.⁶

Pero si la vieja competencia entre capitalistas individuales ha empezado a disolverse rápidamente con el surgimiento de los monopolios, no podría decirse que haya desaparecido del todo: ahora se inicia una nueva competencia, más reducida, ciertamente, pero mucho peor, por su ferocidad. La concurrencia entre monopolios produce pronto la aparición de nuevas formas monopolísticas, aún más complejas. Del capitalismo de monopolio “simple” se pasa al capitalismo de monopolio “compuesto”, que bien podríamos considerar una segunda etapa en el desarrollo del capital monopolista. Se manifiesta esta segunda etapa con la formación de combinaciones monopolísticas destinadas a dominar la competencia entre monopolios. Este fenómeno implica un elevado grado de centralización del capital y la reducción del número de empresas en un aspecto de la producción. El mecanismo es sencillo: como la competencia tiende a convertirse cada día más en una lucha a muerte, lucha que a nadie favorece, surgen las combinaciones monopolísticas bajo formas muy diversas: *pool*, *trust*, *cartel*, etc. En ocasiones, la constitución de supermonopolios no se debe tanto a un acuerdo entre las empresas, como a la derrota de una de ellas o de varias y su asimilación a la triunfadora.

Engels, que, a diferencia de Marx, alcanzó a ver todavía las primeras manifestaciones de estos supermonopolios, advertía su mecanismo de nacimiento con

particular clarividencia; "se han desarrollado, como es sabido, nuevas formas de empresas industriales que representan la segunda y la tercera potencia de las sociedades anónimas. La rapidez diariamente creciente con que hoy puede aumentarse la producción en todos los campos de la gran industria choca con la lentitud cada vez mayor de la expansión del mercado para dar salida a esta producción acrecentada... Añádase a esto la política arancelaria con que cada país industrial se protege frente a los demás y especialmente frente a Inglaterra, estimulando además artificialmente la capacidad de producción interior. Consecuencia de ello son la superproducción general crónica, los precios bajos, la tendencia de las ganancias a disminuir e incluso a desaparecer; en una palabra, la tan cacareada libertad de competencia ha llegado al fin de su carrera se ve obligada a proclamar por sí misma su manifiesta y escandalosa bancarrota. La proclama a través del hecho de que no hay ningún país en que los grandes industriales de una determinada rama no se asocien para formar un consorcio cuya finalidad es regular la producción".⁷

Los efectos de estas combinaciones monopolísticas son inmediatos y se manifiestan de diversas maneras: es evidente, desde luego, que estas supercorporaciones favorecen un aumento en las ganancias mediante el control monopolista de los mercados; debido a ello, se produce una limitación o anulación de la libertad de acción de las empresas asociadas y su coordinación bajo una dirección unificada; y, finalmente, como lo señalaba Engels, aumenta la tendencia a la disminución de la competencia entre monopolios.

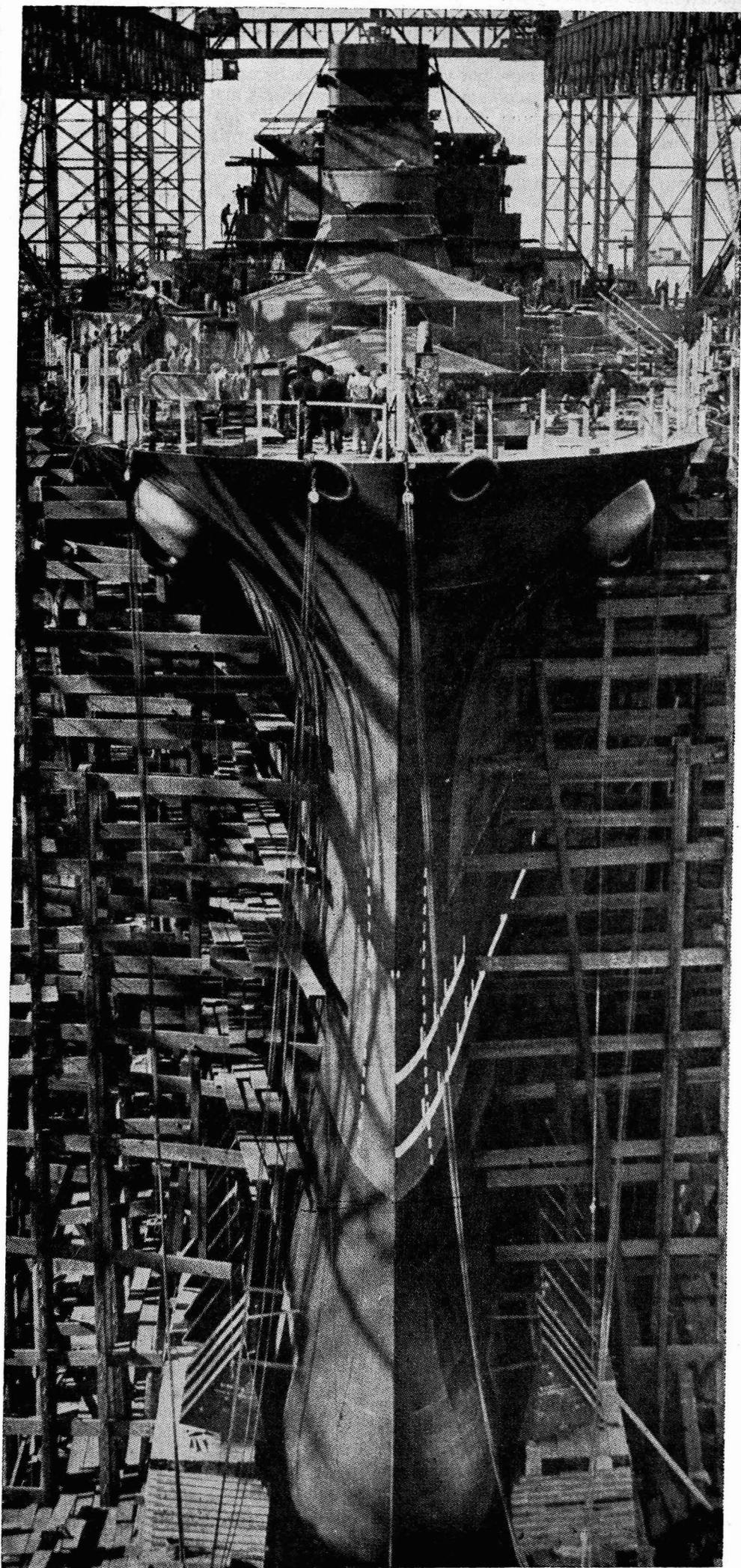
Las corporaciones de "segunda potencia" oscilan desde las formas más elásticas de asociación hasta la fusión total de las empresas, constituyendo un sistema combinatorio que se extendió a todos los países capitalistas —particularmente durante la última década del siglo XIX y la primera de éste—, y transformó cualitativamente el carácter de la producción capitalista.

A pesar de ello, los efectos más importantes del capitalismo de monopolio no son los observados en el marco de una economía nacional, sino los que se manifiestan en el contexto de la *economía mundial*, en el cual desembocan las contradicciones inherentes al sistema monopolístico del capitalismo. Es en ese tramado de las relaciones económicas internacionales que veremos aparecer, en toda su extensión, los elementos negativos del monopolio capitalista, así como sus derivaciones de toda índole, hasta llegar a estructurarse sobre la base de una nueva organización fiscal, política e ideológica.

El hecho fundamental del que debemos partir para comprender el papel del monopolio en las relaciones económicas internacionales de la época actual, es la naturaleza de estas mismas relaciones. Lo cual deriva de esta otra constatación: en el seno de la economía mundial deben coexistir y entrar en relaciones económicas nacionales de desigual desarrollo histórico o naturaleza distinta. Al lado de países capitalistas altamente industrializados, tratan de desenvolverse naciones con poca industria, algunas de

ellas en estadios francamente pre-capitalistas. Las discrepancias se agravan aún por el hecho de que tanto unos países como los otros deben alternar igualmente con naciones muy industrializadas o

en proceso claro y rápido de industrialización, pero organizadas bajo la forma socialista. Este fenómeno determina que las relaciones económicas internacionales se deban realizar en condiciones de



"El carácter de la producción capitalista"

desequilibrio y anarquía mayores que las que se observan en las relaciones dentro de una economía nacional capitalista.

A todo ello habría que agregar todavía otro fenómeno decisivo en el marco desarticulado de la economía mundial: el hecho de que en la etapa del capitalismo de monopolio —y particularmente en la época contemporánea—, por virtud del grado a que ha llegado esta forma de capitalismo y como una derivación de los dos factores mencionados, las relaciones económicas internacionales no se reducen ya a los intercambios de mercancías, sino que son complementadas con los movimientos de exportación e importación de capitales. Este tipo de relaciones, en desarrollo creciente, aumenta la extensión del capitalismo y complica aún más las relaciones económicas entre los países.

Por otra parte, las operaciones económicas internacionales en la época del capitalismo de monopolio tienden a concentrar y a centralizar aún más el capital, pues la competencia a muerte entre monopolios y supermonopolios, dentro de la economía mundial, se resuelve frecuentemente aplicando los mismos sistemas que lograron superar la competencia en el plano nacional: la formación de combinaciones monopolísticas internacionales, que asumen la forma de un cartel o consorcio entre empresas de diferentes países. Pero el último y más grave efecto del capitalismo de monopolio en la esfera internacional es la necesidad de este tipo de capital de ampliar el alcance de sus productos a la expansión del mercado protegido.

Todos esos procesos y fenómenos concomitantes conducen a la formulación de una política económica internacional —y no sólo económica, como veremos—, destinada a favorecer, incrementar, extender y proteger la expansión del capitalismo de monopolio; política que por sí sola implica la cancelación histórica de todas las estructuras tradicionales del capitalismo de competencia. Esa política y su aplicación en la práctica constituyen, en la época contemporánea, el *Imperialismo*.

“Si fuera necesario —escribe Lenin— dar una definición lo más breve posible del imperialismo, debería decirse que el imperialismo es la fase monopolista del capitalismo”.⁸ Sin embargo, como lo indica el propio Lenin, semejante definición no abarca sino lo esencial del imperialismo. Conviene, pues, recordar cuáles son los rasgos característicos del imperialismo. Sweezy, completando la definición de Lenin, los resume de la siguiente manera: 1) El imperialismo es la etapa del desarrollo de la economía mundial en la cual ciertos países avanzados dentro del capitalismo compiten en el mercado mundial de productos industriales; 2) el capital monopolista es la forma dominante del capital; 3) las contradicciones del proceso de acumulación capitalista han llegado a un grado tal que la exportación de capitales se convierte en elemento primordial de las relaciones económicas internacionales; 4) de todo ello resulta una lucha a muerte entre las organizaciones monopolísticas que puede resolverse eventualmente en la constitución de nuevas combinaciones monopolísticas internacionales;

y 5) la repartición geográfica de las zonas “no ocupadas” del mundo entre las potencias capitalistas.⁹

Para el capitalismo, la política imperialista representaba innegables ventajas, de muy diversa índole. Aseguraba, desde luego, la expansión de los productos monopolizados; permitía y protegía la extensión de los mercados, facilitando al mismo tiempo el control y el acceso exclusivo a las materias primas que fuesen escasas en los propios países imperialistas. Garantizaba, asimismo, una fuente de ganancias extra a los monopolios, con lo cual consolidaba aún más el predominio de la oligarquía financiera; se lograba aumentar la tasa de la plusvalía gracias a la exportación y a la inversión de capitales excedentarios en las regiones colonizadas. El imperialismo permitía, finalmente, un mayor control de la competencia entre monopolios mediante el dominio absoluto o casi absoluto de las transacciones con las colonias, el cual facilitaba mejores posibilidades de “planificación” en la producción, o bien, como vimos, superaba esa competencia al hacer efectiva la distribución territorial de las zonas atrasadas entre las potencias imperialistas.

Lo que nos interesa destacar, sin embargo, son las consecuencias del imperialismo en todos los órganos de la vida social, económica, política e incluso ideológica. Ya Lenin había podido observar que “el monopolio, una vez que está constituido y maneja miles de millones, penetra de un modo absolutamente inevitable en todos los aspectos de la vida social, independientemente del régimen político y de otras “particularidades”. En la esfera económica, el imperialismo representa, como ya indicamos, la superación del sistema de la libre competencia y del libre cambio, pilares del liberalismo clásico; como consecuencia de ello, aparece, cada día con mayor vigencia, la necesidad de una intervención directa del Estado en el proceso de la producción y la distribución de los productos, lo cual entierra la idea tradicional del Estado como simple regulador del orden público. El sistema de “planificación” económica, concomitante al desarrollo del capitalismo monopolista, contradice y sustituye la llamada “ley del valor”, mecanismo interno de equilibrio en el período del capitalismo de competencia. El imperialismo, en fin, se manifiesta como una política agresivamente proteccionista, que está muy lejos de significar aquel sistema defensivo de la industria nacional de la primera época del capitalismo de competencia; el proteccionismo es ahora un arma de ataque en contra de las potencias capitalistas rivales y, en esa misma medida, un instrumento dentro de la lucha imperialista.

Desde el punto de vista político, el imperialismo se manifestó, desde luego, como la expansión del poder del Estado (ahora convertido en instrumento directo en manos del capitalismo de monopolio), el cual ve fortalecidas sus atribuciones económicas, sociales y políticas, en perjuicio de las viejas formas políticas del liberalismo que trataban de garantizar y fortalecer la “iniciativa privada” frente al aparato estatal. Este estatismo centralizador hizo entrar en decadencia efectiva al régimen parlamentario y al sistema de la división de poderes, en boga durante la época del

liberalismo clásico y el capitalismo de competencia. La democracia formal y representativa no parece tener sentido en el marco histórico de una estructura económica que no permite ya el juego de intereses contrapuestos. La bancarrota de aquella democracia es más patente en la medida en que los intereses del capitalismo, localizados crecientemente en una oligarquía minoritaria de la alta finanza, se ven representados por todo el mecanismo de la administración estatal. Los conceptos de “Nación”, “Patria”, etc., restringidos cada día más a los meros intereses de la burguesía monopolística, son exaltados frente a todo “particularismo”, especialmente el de la clase obrera, cuyas demandas son acusadas de “subversivas” cuando exigen derechos que afectan aquellos intereses. A este nacionalismo agresivo corresponde una nueva forma de militarismo, destinado esta vez a servir como instrumento de lucha en la batalla capitalista mundial, y una ideología fundada en el *racismo* (dentro de sus múltiples modalidades) y orientada a tratar de justificar “científicamente” la expansión imperialista en el exterior y a desviar interiormente la atención de la lucha de clases.

En lo social, el imperialismo implica la neutralización o la desaparición de los antiguos conflictos entre las clases poseedoras (industriales y terratenientes, etc.), cuyas tensiones van desvaneciéndose a medida que la vida económica cae bajo el dominio absoluto de los monopolios; al mismo tiempo, se agudiza por otra parte la lucha de clases, principalmente entre la burguesía y el proletariado, fortaleciéndose con ello los movimientos organizados de obreros y campesinos. Algunas clases medias tradicionales declinan o desaparecen definitivamente (artesanos, pequeños comerciantes, etc.), dejando el paso a nuevos sectores intermedios, cada vez más amorfos e inestables y por ello fácilmente absorbidos —política e ideológicamente— por las oligarquías financieras. Buenos ejemplos de estas capas medias los encontramos entre los burócratas, profesionistas liberales, profesores, etc.

Si tratásemos de buscar una correlación acertada entre todos estos fenómenos y la situación del liberalismo en la época contemporánea, tendríamos que aceptar algunos hechos evidentes. En primer término, parece innegable que a pesar de los cambios operados en la estructura y el carácter del capitalismo en la etapa imperialista el liberalismo clásico sigue nutriendo la atmósfera mental y política de la actualidad. Ese mismo imperialismo capitalista que en los países no socialistas contradice y aplasta a cada momento los principios y las instituciones creadas por el viejo liberalismo, pretende, no obstante, “defender” el llamado mundo occidental —es decir, su propio mundo capitalista— apelando precisamente a los principios políticos, sociales y morales del liberalismo. Hay aquí una grave paradoja, pues es igualmente obvio que el capitalismo de monopolio, en el período del imperialismo, ha creado una estructura, un sistema, una política y una mentalidad que no corresponden ya a la vocación clásica del liberalismo. El imperialismo parece haberse convertido, en todo el orbe capitalista de nuestra época, en el enemigo jurado de las instituciones, las libertades, los derechos instituidos por el liberalismo tradicional.

Semejante paradoja nos formula las siguientes cuestiones: ¿Puede ser todavía el liberalismo la ideología por antonomasia del capitalismo en la época de los monopolios, los consorcios internacionales y el imperialismo, como lo fue en las etapas del capitalismo comercial y del capitalismo de competencia? ¿Cómo explicarnos, en todo caso, el hecho histórico de que la burguesía continúe haciendo suya una ideología que, en esencia, no traduce ya sus aspiraciones y sus intereses, su mundo de valores y su vocación como clase social, sino más bien los contradice? ¿Qué significa la supervivencia del liberalismo? ¿Qué papel desempeña en el seno de la sociedad contemporánea? ¿A qué intereses apoya? Y, en fin, ¿cuál es entonces la verdadera ideología del capitalismo imperialista?

Por todo lo que hemos podido ver en esta breve exposición, es evidente que el liberalismo, en cualquiera de sus formas clásicas, no corresponde ya a los intereses, a la ideología, a las necesidades del capitalismo contemporáneo. De hecho, el liberalismo, como ideología y programa de la burguesía, desapareció con el capitalismo de competencia, pues la naturaleza y las consecuencias del capitalismo monopolista y del imperialismo destruyeron todas las bases en que podía sustentarse históricamente. De modo que si la burguesía monopolista contemporánea continúa parapetada tras la máscara del liberalismo, ello no hace sino mostrar que el capitalismo, por primera vez en su historia, no está dispuesto a hablar con sus propias palabras ni quiere expresarse con sus verdaderas ideas; necesita mantenerse todavía dentro de una atmósfera liberal ficticia que la misma burguesía se encarga de desvirtuar a cada instante. Esto es grave: significa que la burguesía, que hasta hace poco había sido siempre coherente con su propio pensamiento, se ha vuelto hipócrita, falsa y tortuosa. Las razones de ello las veremos inmediatamente.

La historia de la época contemporánea ha probado sobradamente que el liberalismo —por lo menos en sus formas democráticas e institucionales más comunes— ha pasado a desempeñar un papel social y político muy distinto del que tuvo en el siglo anterior. Por extraño que pudiera parecernos, hay que concluir que dicho liberalismo, construido originalmente como la concepción filosófica ideal del capitalismo, se ha vuelto un instrumento de lucha en manos de sus enemigos naturales. En todos los países capitalistas, no es ya la burguesía la que defiende realmente los principios del liberalismo, sino los movimientos populares y, sobre todo, el proletariado organizado, que ve en las instituciones democráticas de inspiración liberal, en su aplicación justa, la mejor garantía para mejorar sus condiciones materiales, limitar el poder expansivo de la burguesía y consolidar sus movimientos, sus organismos de lucha, sus logros históricos, en el marco de la lucha de clases, mientras le llega el momento de tomar el poder y liquidar el capitalismo.

Este fenómeno lo observamos sobre todo en los países coloniales o semicoloniales, en los cuales se dejan sentir con mayor rigor las presiones políticas y sociales del imperialismo, y en donde, también, la lucha de clases se confunde con la batalla anticolonialista. Es en estos países donde los programas de lu-



“Depender cada vez más de la industria”

cha de las organizaciones revolucionarias se sustentan en la defensa de las instituciones democrático-burguesas, en los principios y libertades sancionados por el liberalismo clásico, muy alejado hoy de los intereses y la mentalidad del capitalismo monopolístico. ¿Podría la burguesía imperialista defender coherentemente la aplicación exacta de las constituciones liberales que garantizan el sufragio de la mayoría, el derecho de asociación profesional y las libertades políticas representativas? La respuesta parece obvia: el capitalismo monopolista no puede defender realmente la vigencia de los principios e instituciones liberales, y ello por dos razones preponderantes. En primer lugar, porque esos principios y esas instituciones representan un sistema que está en abierta contradicción con su expansión imperialista; y, después, porque la aplicación de dichos principios y la vigencia de esas instituciones se convierte en un arma de doble filo cuando es aprovechada por el proletariado.

Ocurre, sin embargo, que la burguesía monopolista pretende defender —en el plano teórico exclusivamente— las instituciones y los principios del liberalismo. ¿Qué puede significar ello? La contestación es simple: se trata de una posición demagógica destinada a ocultar al mundo cuál es el contenido de su verdadera ideología. A esta nueva oligarquía financiera, especialmente después de la segunda Guerra Mundial, le parece inadecuado o le da vergüenza decirnos que las bases en que se asienta su pensa-

miento, sus intereses y su vocación como clase social dependen de estos elementos vertebrales, entre otros muchos de idéntica significación: expansionismo imperialista, nacionalismo agresivo, militarismo desorbitado, estatismo represivo y antidemocrático, racismo “pseudocientífico” con todos sus múltiples derivados, etc. ¿Qué país capitalista o semicapitalista no ha visto la aplicación reiterada de todos estos “principios”, cualquiera que sea el ropaje de “legalidad” democrática con que se pretende justificarlos?

Y no quiere reconocerlo el capitalismo de nuestros días porque todos esos elementos constituyen la esencia misma de una ideología que ya ha costado al mundo millones de muertos. Esta ideología, en sus muy variadas formas de manifestarse, es la que corresponde puntualmente al carácter específico del capitalismo imperialista. El nombre de esa ideología lo conocemos todos: se llama *fascismo*.

¹ Paul M. Sweezy, *Teoría del desarrollo capitalista México*, 19. F.C.E.

² K. Marx, *El capital*. México-Buenos Aires, F.C.E. Trad. de Wenceslao Roces, 2a. ed., 1959. pp. 528-529.

³ P. M. Sweezy, *op. cit.*, p. 280.

⁴ K. Marx, *op. cit.*, p. 529.

⁵ R. Hilferding, *El capital financiero*, (citado por Sweezy, *op. cit.*, p. 288.)

⁶ K. Marx, *op. cit.*, t. III, p. 417.

⁷ K. Marx, *op. cit.*, t. III, p. 416 (Nota de Engels).

⁸ V. I. Lenin *El Imperialismo, fase superior del Capitalismo*. En *Obras Escogidas en dos tomos*, t. I, p. 1029. ed. en esp., Moscú, 1948.

⁹ P. M. Sweezy, *op. cit.*, p. 337.